

más hermosa y tierna devoción que nos ha concedido el Cielo, encontraremos, como los encontró San Fernando, las gracias y los ánimos que nos faltan para el combate y la victoria. Glorioso Rey San Fernando, rogad por nosotros.

TERESA ASUNCIÓN JIMÉNEZ

DISCURSO DE FERNANDO CLARO

Queridos amigos de SPEIRO, como miembro de este grupo es para mí un doble placer celebrar con vosotros la fiesta de nuestro Santo Patrón y al mismo tiempo mi onomástica, que me traen la evocación de tantas horas de oración y meditación en aquel marco incomparable de la Capilla Real en la Catedral de Sevilla.

Allí, a los pies de la veneradísima imagen de la Virgen de los Reyes se encuentra la urna de plata en donde descansa el cuerpo del Rey San Fernando esperando el día de la resurrección.

La Virgen de los Reyes, Patrona de Sevilla y de su Archidiócesis, que sostiene en sus brazos un Niño Jesús coronado, está cubierta por un dosel en cuyo frente se lee "PER ME REGES REGNANT", recordándonos cuál es el origen del poder y de la soberanía y a que normas debe atenerse todo poder en su ejercicio.

Las palabras que he escrito y que voy a leer a continuación son fruto de aquellas meditaciones y de la lectura de numerosos libros sobre la vida y las hazañas de San Fernando, libros, iconografía y pintura incluidos, a cuya búsqueda me dedico desde hace muchos años aprovechando mis visitas a cualquier lugar de España.

* * *

Lo característico, lo más profundo de la vida de San Fernando, es la fidelidad inquebrantable del Santo a la gracia divina.

En la vida de San Fernando, y en su muerte, el carácter profano de la realeza y el carácter divino de la santidad no están superpuestos, sino profundamente unidos.

Para ser santo pensó San Fernando que debía ser perfecto rey, y para ser perfecto rey pensó que debía ser santo; porque en él, la perfección del rey y la plenitud de la santidad constituían una unidad profunda. Y ese es el secreto de la santidad.

Santo es aquel hombre que logra fundir en la unidad indivisible de su propia existencia, su labor y ministerio profano con su labor y ministerio divino.

El que, por el contrario, vive una vida que separa y distingue entre lo profano y lo divino, el que superpone la Religión a la vida, ese tropieza enseguida con los límites de su santidad y con los límites de su humanidad.

Solamente quien, como los santos, como San Fernando, sabe juntar en una unidad indivisible la santidad y la humanidad, haciendo todo lo posible por poner su humanidad al servicio de Dios, incluso olvidándose de sí mismo, y entregando generosamente toda su existencia a Dios, ese es el verdadero y auténtico santo.

Y en la vida de San Fernando no podemos encontrar un solo momento de divergencia entre su gracia divina y su actuación humana. Nunca en él fueron divergentes los caminos de Dios y los caminos del hombre.

Y no pensemos que esto era solo fácil en aquellos oscuros años del siglo XIII pero que hoy en día las cosas han cambiado y ya no tienen el mismo sentido estas consideraciones, porque me estoy refiriendo a valores permanentes y a ideas eternas.

Dios Nuestro Señor ha creado al hombre a su imagen y semejanza. Quiero decir que ha puesto en el hombre un destello de la esencia divina. Esa gota de divinidad que ha puesto Dios en el alma humana es la libertad; la libertad que hace al hombre esencialmente distinto de toda otra criatura sobre la tierra; porque el hombre es el único ser de la creación que tiene la facultad de hacerse a sí mismo su propia vida. Esa es la libertad que Dios le ha dado.

El hombre es de todos los seres vivientes el único que puede de antemano pensar lo que quiere ser y después hacer, ordenada y libremente, los esfuerzos necesarios para llegar a ser eso que qui-

siera ser. Los animales no pueden hacer otro tanto. El animal tiene una vida, cuya trayectoria está de antemano prescrita por la naturaleza de la especie a la que pertenece.

Pero el hombre es un ser libre. Esto quiere decir que el hombre piensa de antemano su propia vida como una tarea, como un proyecto a realizar, como algo a que está obligado por la ley de Dios.

Y aquí viene bien recordar la idea que San Pablo nos da de la santidad. Santo será el hombre que logre durante su vida realizar con plenitud de unión a Dios el ideal que en sus primeros años se forjó para sí mismo. La ambición de ser rey santo, caballero santo, profesional santo, sacerdote santo; y luego, durante toda su vida, vaya realizando el ideal de santidad propuesto. Ese es el santo. Los demás vamos tropezando por las sendas de la vida, cayendo y levantándonos, y si no fuera por la Infinita misericordia de Dios, ¿qué salvación podría alcanzar el hombre?

San Fernando, Rey de Castilla y de León, supo hacer de su vida la realización perfecta de la santidad como nos enseñaba San Pablo.

Voy a considerar, a continuación, distintas facetas de su vida humana para probar lo que estoy diciendo.

Como hijo, Dios quiso ponerlo en el trance más difícil que puede ponerse a un hijo; porque le dio un padre que fue para su hijo cruel e injusto. El Rey de León, Alfonso IX, padre de San Fernando, fue, en efecto, para con su hijo un padre cruel e injusto. Pero ¿cómo respondió nuestro santo a esa crueldad y a esa injusticia del padre? Respondió con lágrimas en los ojos, con humildad filial completa y nunca fingida. Cuando su padre, atropellando todos los derechos humanos y divinos, irrumpe en Castilla al frente de un ejército llevando por doquier la muerte y el incendio para vengarse de nada, porque su hijo Fernando, ya rey de Castilla, no había inferido el más mínimo agravio a su padre el rey de León.

San Fernando no quiso levantar ni un solo soldado contra su padre y le escribió aquella famosa carta en la que preguntaba a su padre la razón de su odio y cómo podía pesarle que su hijo fuera el más joven rey de Castilla, en lugar de alegrarle.

Pero Alfonso IX no se siente conmovido al recibir la carta y, contra el parecer y consejo de preladados y hombres buenos que le rodean, exige para retirarse a León y dejar en paz a Castilla el pago de una cuantiosa suma.

San Fernando hubiera podido oponerse a la pretensión de su padre. Tenía fuerza suficiente, tenía recursos, ejércitos que le seguían, pero, sin embargo, su contestación fue rápida. Sin vacilar, envió el dinero que pedía su padre, y no quiso, de ningún modo, enviar un solo soldado contra él.

Dos generaciones posteriores veremos al nieto de San Fernando, Don Sancho el Bravo, proceder de un modo totalmente opuesto al de su abuelo.

Respecto a su madre, el panorama filial cambia por completo. Aunque no voy a referirme aquí al drama de las vicisitudes de su matrimonio por decisión de Roma.

Doña Berenguela fue una madre tierna, amante, celosa del porvenir de su hijo, y, al mismo tiempo, la más prudente y llena de talento y de perspicacia política.

San Fernando no hace nunca nada sin consultar con su madre, en cuanto puede. No toma esposa, ninguna de las dos veces que la tomó, sin pedirle a su madre consejo; no toma ninguna resolución política sin pedir antes consejo a su madre. Donde quiera que la encuentra, le rinde los honores, y le muestra su cariño, y la lleva en su corazón desde su niñez hasta su muerte.

Doña Berenguela, prima de una santa y hermana de otra santa, era una mujer de alma grande. De ella aprendió San Fernando la perfecta ecuación entre la gracia y la vida. De ella aprendió que vivir, vivir cristianamente, es hacer fructificar en sí la gracia de Dios.

Y ¿como hermano?, como hermano la conducta de San Fernando es intachable.

La saña de su padre contra él fue tan incomprensible que no tiene explicación fácil. Quizás la Providencia que quisiera probar con esa cruz el espíritu de San Fernando tenga una respuesta.

Al morir el rey Alfonso hizo testamento desheredando a su hijo y haciendo donación del reino de León a sus dos hijas, Doña

Sancha y Doña Dulce, habidas de su primer matrimonio con Doña Teresa de Portugal.

Ante estos hechos, ¿qué va a hacer San Fernando?, ¿va a pelear con las armas en la mano contra sus hermanas?, ¿va a derramar sangre y atizar el fuego en los reinos de Castilla y de León?

San Fernando declara entonces que jamás enarbolará su lanza ni deservainará su espada contra príncipe o princesa cristiana.

La Providencia viene a facilitar sus propósitos porque Doña Sancha y Doña Dulce, acompañadas por su madre, entran en León pretendiendo ser proclamadas reinas del reino leonés y no encuentran los apoyos de los nobles que esperaban encontrar.

Reunidas las dos madres y primas entre ellas, Doña Teresa de Portugal y Doña Berenguela, con pocas palabras se entendieron entre ellas llegando a un acuerdo perfecto. Firmaron la paz de las Dueñas, y las hermanas de San Fernando renunciaron a sus derechos a la corona de León, y así, ésta y la de Castilla se unieron en una sola cabeza de una vez para siempre.

La actitud de San Fernando, dictada por la santidad y no por la política resultó de hecho la más política de todas.

La caridad de San Fernando negándose a combatir contra sus hermanas resultó mucho más hábil política que cualquier otra resolución basada en otros intereses.

La conducta de San Fernando como esposo fue también modelo ejemplar. Su hijo, Alfonso X, ponderó la honestidad de su padre.

Y como padre, se preocupó tan profundamente de la educación y crianza de sus hijos que todos ellos, por algún concepto, salieron notables. Dedicó a dos de ellos a la carrera eclesiástica, su hija Berenguela profesó en Las Huelgas de Burgos. Su hijo mayor, el primogénito Alfonso X, fue denominado con razón El Sabio. Sus otros hijos llevaron vida noble y elevada.

Al verse Señor de Castilla y de León, es decir, de las dos terceras partes de la península ibérica, no se engríe; podría haber pretendido, como su antecesor y como lo hará su hijo el Rey Sabio, el título de Emperador; pero Fernando tiene el ánimo más elevado, piensa más en gobernar bien que en vanos títulos.

Preguntado por qué redoblaba sin tregua sus ataques a la morisma, respondió con estas palabras que son una apelación solemne al testimonio de Dios: "Señor, vos que escudriñáis el corazón y las entrañas sabéis que busco en todo vuestra gloria y no la mía, y que deseo más la extensión del imperio de vuestra santa fe y de la religión cristiana, que no el engrandecimiento de mis posesiones terrenales".

Quería que la guerra fuese santa; iba siempre al frente de sus escuadrones la imagen de María Santísima; los prelados de la Iglesia y los religiosos que acompañaban sin falta a sus tropas eran sus capellanes, que celebraban la Santa Misa y exhortaban a los combatientes.

Delante tenían el ejemplo del Rey, que establecía capillas en sus campamentos y pasaba largas horas de noche en sus rezos; y hasta en las batallas, cuando galopaba al frente de sus guerreros llevaba la imagen de la Virgen en el arzón del caballo.

Si hubo en sus guerras, dicen los historiadores, degüellos, matanzas de pueblos enteros, incendios, saqueos y horrores, era lo propio de la época; así eran las leyes de la guerra, y no se podía entonces concebir de otro modo; pero nunca se ensañó con los vencidos. Solo por necesidad acudió a la violencia, nunca quebrantó los pactos guerreros y a pesar de su celo religioso jamás impuso por la fuerza a moros ni judíos la práctica de nuestra fe, más bien, los dejó vivir tranquilos en sus Estados.

El valor proverbial del gran Rey no fue el valor rudo y grosero del guerro medieval lleno de barbarie y de ignorancia que no reconoce más móviles que la fuerza de las armas y el vil interés singular; con San Fernando comienza el renacimiento sabio en las ciencias y en las letras que hizo a las gentes en medio de las glorias bélicas volver la consideración a más altas y nobles empresas.

En noviembre de 1226 puso San Fernando la primera piedra de la más española de las catedrales, la de Toledo. También le cabe la gloria de haber puesto la primera piedra de la de Burgos.

Dicen las crónicas que sus enemigos los moros, le temían y le amaban. Quizás sea el único de los reyes conquistadores y guerreros de quien haya podido decirse esta paradoja. Le amaban

porque las virtudes propias del caballero producen en quienes las profesan una atracción singular, una superioridad espiritual sobre los que conviven con él.

La Orden de Caballería es una invención de la Iglesia. En una época en que las pasiones de los hombres galopaban desenfrenadas por la vida y en que el feudalismo hacía que los hombres fueran al mismo tiempo propietarios de la tierra y mantenedores del Derecho, la arbitrariedad y la violencia se daban con más frecuencia de lo tolerable.

La lucha entre familias, toda clase de violencias cundían en esa época de los siglos XII y XIII de manera desoladora.

La Iglesia entonces, con inspiración divina, inventó esa institución maravillosa que se llamó Orden de Caballería. Ocurriósele a la Iglesia someter a aquellos rudos caballeros, que no tenían a nada, a unas reglas fijas en su conducta humana, reducir sus actos a unas reglas de honor, de valentía, de lealtad, de magnanimidad, de conmiseración con el vencido, de cumplimiento fiel de la palabra.

Estos preceptos no escritos los envolvió la Iglesia en todo un ceremonial litúrgico que dio a esa Orden el aspecto y casi el sentido de un octavo sacramento. La entrada en la Orden de Caballería era como la recepción de un sacramento de la Iglesia. En esta Orden comprometíanse los caballeros a mantener en todas partes las virtudes que son típicas del alma caballeresca. En primer término, la lealtad, en segundo término, la magnanimidad y, en tercer lugar, el valor.

Estas tres grandes virtudes fueron las que San Fernando profesó en un grado supremo.

La larga prueba para ser armado caballero era todo un aprendizaje que empezaba a los doce años. A esa edad, el joven noble entraba al servicio de un Señor en calidad de paje; a los dieciséis años el paje ascendía a la categoría de escudero, acompañaba a su Señor más de cerca, llevaba su corcel de las bridas, cuidaba de sus armas; y, a los veintidós años el joven noble había recibido la plenitud de la educación caballeresca y podía ser armado caballero.

A sus veintidós años y pocos meses, el día 27 de noviembre de 1219, fue armado caballero San Fernando, Rey de Castilla.

La ceremonia tuvo lugar en el magnífico convento románico de las Huelgas de Burgos. La vela de las armas era la ceremonia preparatoria para el acto de armar caballero al joven noble. La noche entera la pasó de rodillas, porque la ley de la Caballería exigía que el caballero aquella noche hiciera esfuerzo supremo de aguante, y pasase la noche entera rezando de rodillas.

A la mañana siguiente, después de la ceremonia de la Santa Misa viene el ritual de ceñir la espada, esa espada que aún se conserva y se venera en la Catedral de Sevilla. Como San Fernando es el Rey la espada no se la ciñe ningún señor feudal, sino que él mismo la toma directamente del altar mayor y él mismo se la ciñe a la cintura.

Después, volviéndose hacia los asistentes al acto el Rey desenvaina sus espada y levantándola en alto presta el juramento caballeresco de no empañar jamás la honra de aquella espada, de tenerla siempre y de usarla siempre para mayor gloria de Dios y de la honra de su casa y de no mancharla jamás con una falta a las virtudes propias de la Caballería.

Terminaba la ceremonia y empezaba la actuación del caballero. Así empezó una vida singular de treinta años en los que día por día San Fernando fue realizando una por una las virtudes inscritas en el Código de Honor de la Orden de la Caballería: la lealtad, la magnanimidad, y el valor heroico.

Como rey desarrolló su política del modo más maravilloso. Fue un Rey justo. La justicia fue su preocupación esencial en lo que atañía a la vida interior de sus reinos. Entre campaña y campaña, en Andalucía, dedicaba siempre los meses del invierno a recorrer los reinos que Dios había encomendado a su guarda. Iba de pueblo en pueblo haciendo personalmente justicia, oyendo a todo el que quería acercarse a él.

Y también su idea de la unidad en la justicia de sus reinos se manifiesta de una manera inequívoca en el empeño modernísimo del Rey de establecer en España, por lo menos en Castilla y en León, una legislación única. En pleno siglo XIII hizo San Fernando algo admirable y maravilloso. Primeramente proclama el castellano como lengua oficial de todos sus Estados. Desde ese momen-

to tiene el castellano sobre todos los demás dialectos de la península esa preeminencia de lengua universal.

Y a esa lengua quiso que se tradujese inmediatamente la legislación romana, El Fuero Juzgo, que luego iba siendo aplicado una tras otra a las principales ciudades que el Santo conquistaba.

Bajo su reinado comenzó esa recopilación de leyes que se llaman las Siete Partidas y que tuvo su remate y terminación en el reinado de Alfonso X, su hijo y sucesor.

Y, finalmente, diremos que sus relaciones con la Iglesia no pudieron ser otras que las que un hijo tiene con su madre: fueron relaciones de adhesión y de cariño filial en todo momento. Siempre tuvo San Fernando ante sus ojos la idea de la prosperidad de la Iglesia, material y espiritual.

Fomentó las enseñanzas teológicas en los claustros de los conventos y, sobre todo, en las Universidades del Reino. Trasladó estudios de la Universidad de Palencia a la de Salamanca con objeto de fomentar su competencia y elevar su categoría.

En cuanto a la política la Providencia misma guió sus pasos. Una sola idea presidió su desarrollo. Nunca es clara la política de un país cuando se infiltran en las cabezas de sus dirigentes ideas improvisadas o advenedizas que introducen confusión y perturban las decisiones políticas y diplomáticas.

Qué diferencia con aquel príncipe que siglos después va a pintar el impío Maquiavelo, aquél que dijo que "el príncipe debe aparecer como un dechado de todas las virtudes, pero luego, para mantener el Estado debe infringir, sin escrúpulos, las reglas de la lealtad, la amistad, la humanidad y la religión".

San Fernando no cayó jamás en esos defectos. Desde el primer momento tuvo una idea, una única idea; y esa idea la llevó a cabo durante los treinta y cinco años de su reinado, día por día, con un tesón y una voluntad que no flaquearon ni un solo instante. La idea fundamental, la idea única de San Fernando, fue la expulsión de los musulmanes de España.

Con la protección de Dios extendió el territorio de Castilla hasta incorporar casi toda Andalucía; llegó a ver la costa de África y a sentir en su corazón el deseo de que Dios le concediese algunos más de vida para trasladar sus ejércitos a la otra orilla.

San Fernando dibujó el proyecto, aunque no lo pudo realizar por completo, de la esencia de la hispanidad, la definición esencial de la patria española, que no es otra cosa que la consustancialidad de nuestra Patria con la religión cristiana; porque se puede ser francés y no ser católico, se puede ser inglés y no ser católico, se puede ser alemán y no ser católico, pero no se puede ser español sin ser católico, porque la hispanidad y el catolicismo están tan íntimamente unidas que la Patria española se define como patria cristiana, y en el territorio de la Península catolicismo e hispanidad significan una y la misma cosa.

Esa gloria les cupo a los Reyes Católicos siglo y medio más tarde: durante ese tiempo fue formándose en el fondo del alma española esa unidad magnífica entre nuestra Patria y nuestra religión, que hace que todavía hoy, en esta noche, un grupo de españoles, celebrando a San Fernando, todavía creamos que el destino de nuestra patria española es ser baluarte de la religión cristiana.

La unidad política por medio de matrimonios la realizarán siglo y medio más tarde Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. La unidad política por medio de reconquista sobre el musulmán la realizarán más tarde los Reyes Católicos. La unidad judicial por medio de una legislación uniforme en todos los estados cristianos se realizará más tarde bajo el Cardenal Cisneros.

Siglo y medio se anticipó, pues, en sus pensamientos políticos el rey San Fernando.

La que ha sido nuestra misión en el mundo yo creo que San Fernando la vio claramente. Adivinó el sentido profundo de la hispanidad. Vio la consustancialidad entre España y la religión cristiana. Vio que la unidad de España no podría hacerse más que con empresas que fuesen empresas religiosas. Primero, dentro de la Península, y después fuera de ella, en otros mundos, en otros continentes para hacer sonar por el mundo entero la voz de Dios.

Esa que ha sido nuestra misión en el mundo San Fernando la vio con claridad. Tuvo la visión de la España eterna. La santidad de San Fernando ha consistido en que Dios le dijo al oído el secreto de España.

Por eso en todos los aspectos de la vida de San Fernando encontramos ese secreto clavado en el seno de su actividad de Rey

y de caballero. El Rey San Fernando fue el rey más español y el caballero más español que ha habido; porque estuvo en los secretos de Dios. Su santidad hizo que Dios le diese a conocer lo que España tenía que ser a lo largo de los siglos.

Pidamos a San Fernando que vele junto a Dios Nuestro Señor porque la esencia de la hispanidad no se extinga jamás sobre la tierra; porque no permita Dios que esa esencia indefinible se extinga en el mundo, y para que proteja a España y a los pueblos que nacieron de su seno.

BIBLIOGRAFIA

La santidad en el Trono, MARIANO SÁNCHEZ DE ENCISO, 1925.

Vida de S. Fernando el III, Rey de Castilla y León, ALONSO NÚÑEZ DE CASTRO, 1788, Imprenta de Pantaleón Aznar.

San Fernando III y su época, P. LUIS F. DE RETANA, Redentorista, 1941, Editorial El Perpetuo Socorro.

Sermones del Presbítero D. MANUEL GARCÍA MORENTE, con motivo del triduo celebrado, en Madrid, por la Hermandad de Caballeros de San Fernando, 1943.

Pregón de San Fernando, por el Canónigo de la Catedral de Sevilla D. FRANCISCO GIL DELGADO, 1997.